

efecto, el que algunos cardenales, midiendo la fuerza del catolicismo por su propia debilidad, no se atrevieron á exponer al conflicto de nuevas tempestades la barca de San Pedro, que jamas ha estado mas firme y segura sobre las revueltas hondas, que cuando ha desafiado los vientos de la heregia ó de la iniquidad. Se consintió, por último, en diferir la eleccion hasta la llegada de los cardenales franceses y españoles. Esta concesion, arrancada por astutas amenazas ó por un sentimiento de paz, siempre respetable, aun en sus errores, debia dejar, como dejó, la victoria en manos del poder temporal. Desde aquel momento ya no se trató mas en el cónclave que el hacer que saliese papa un cardenal dispuesto á seguir la línea de conducta trazadas por las coronas. Esta línea se reducía á algunas exigencias mas ó ménos deplorables para la Iglesia. El 19 de Febrero de 1769, Luis XV y el duque de Choiseul las reasumieron todas en las siguientes instrucciones dadas á los cardenales de Luyenes y de Bernis, ántes de partir á Roma.

“El reinado de Clemente XIII, se lee en este documento reservado, ha demostrado claramente que la piedad mas sincera, las costumbres mas puras y las intenciones mas rectas no son suficientes para constituir un buen papa, sino que son precisos ademas los conocimientos é ilustracion necesaria para la administracion tanto espiritual como temporal de que se halla encargado, de los cuales absolutamente careció Clemente XIII. De aquí ha provenido que, ciertamente sin quererlo, y verosimilmente sin saberlo, ha hecho mas daños á la Iglesia romana, que muchos de sus predecesores ménos virtuosos y menos arreglados que él. No tenia ninguna nocion fija de las cortes, de los negocios políticos y de las consideraciones que se deben á toda persona y á la autoridad independiente de los otros soberanos. Dirigido por consejos apasionados y fanáticos, ha concebido empresas y llevado á cabo medidas cuya injusticia y violencia han obligado á la Francia, á la España, á las dos Sicilias, al Portugal, á la república de Venecia y á algunas otras potencias, á reclamar altamente contra las invasiones que ha hecho á los sagrados é inalienables derechos de sus soberanías.”

El mismo tono de desdeñosa piedad ó de miserable orgullo, propio de príncipe, se descubre en cada línea de estas instrucciones. Se conoce que Luis XV y Choiseul quisieron desquitarse de las vergonzosas derrotas militares y diplomáticas que acumularon sobre la Francia, dirigiendo sus baterías sobre la Iglesia desarmada, y sobre la Compañía de Jesus que no hacia resistencia. La absoluta y total extincion de la Sociedad fué la primera de las condiciones que se habian de obtener para reconciliar á las potencias de la corte romana: las demas se referian á las cuestiones con la Santa Sede sobre el ducado de Parma, entre las cuales habia una que interesaba directamente á la Francia. Choiseul habia perdido la

Martinica y abandonado cobardemente el Canadá á los ingleses: para ofrecer á su pais una gloriosa compensacion declara: “Que S. M. ha resuelto reunir para siempre á su corona la ciudad y condado de Aviñon.”

Luis XV temia á las almas fuertes y vigorosas: sus instrucciones sobre este punto son tan explícitas como las otras. Choiseul no quiso que llegase á ocupar la cátedra de San Pedro un pontifice de gran corazon y de energía, y así previene: “que el rey no ha formado plan alguno de personalidad, ya sea respecto al trono pontifical, ó ya para excluir tal ó cual miembro del Sacro Colegio. S. M. desea no hallarse en la necesidad de aplicar á alguno de aquellos una exclusion auténtica. Hay, sin embargo, un caso en que seria preciso usar de esa prerogativa, y seria cuando los señores cardenales de Luyenes y de Bernis llegasen á persuadirse que podrian reunirse los votos necesarios para la eleccion de papa, en favor de una persona, cuyas preocupaciones personales, afectos particulares ó un celo inmoderado é imprudente pudieran hacer su administracion peligrosa, y quizá perniciosa y fatal á la religion y á la tranquilidad de los Estados católicos. Pertenece á este número los cardenales Torregiani, Boschi, Buonaccorsi y Castelli.”

Estas instrucciones eran comunes á Luyenes y á Bernis; pero este último era el que mas especialmente poseia la confianza del gabinete de Versalles, y el que tenia sus plenos poderes. Bernis, durante su ministerio, habia sido el protector de Choiseul, quien, temiendo encontrar en él un peligroso rival, le hizo desterrar á su diócesis de Alby. Aquí fué donde este príncipe de la Iglesia, en quien hasta aquel momento la corte y la villa no habian visto sino su elegancia refinada, los atractivos de su conversacion y la amenidad de su carácter, olvidó completamente los sueños de su juventud, los placeres y la ambicion por virtudes propiamente episcopales. El amigo de Madama Pompadour, el poeta á quien Voltaire habia denominado con el título de Babet la Bouquetiere, se transformó en prelado lleno de magnificencia y de caridad. En su embajada de Venecia, su porte habia agradado sobremanera á Benedicto XIV y á la Santa Sede. A nadie era hostil, pero estaba apasionado del brillo y de la apariencia del poder. Se concedió á sus espirituales vanidades cuanto éstas podian exigir; se le halagó con la idea de que su afabilidad, un poco afectada, y sus talentos diplomáticos seducirian al Sacro Colegio, y se le llenó de incienso, prometiéndole la embajada de Roma si conseguia que saliese electo un papa del gusto de los Borbones, y por consecuencia, enemigo de los Jesuitas. Bernis sin odio alguno hácia el instituto, pero sin la menor reflexion, aceptó el papel que se le destinó en esta comedia.

Se habia alucinado el cardenal, de que con su gracia y modales

completamente franceses, con su conversacion llena de aticismo, se iba á hacer, como por asalto, con todos los votos, y que para vencer no tenia mas que presentarse. Frente á esos ancianos *Porporati* italianos, cuyos intereses eran muchos mayores y mas graves que el satisfacer el amor propio del cardenal de Bernis, se apercibió éste bien pronto, que para discutir la elección futura, era preciso algo mas que palabra de dulce conciliación ó promesas vagas, que á nadie satisfacen.

La mayoría del Sacro Colegio estaba, sin disputa, en oposición con el voto de los Borbones: se trató de modificarla en su favor, primero por la corrupcion, despues por la violencia. El marques D' Aubeterre, Tomas Azpuru, Nicolas de Azara y el conde de Kaunitz se encargaron de este negocio. Contaban con dos ó tres cómplices en el cónclave: ellos escribian, y de los cardenales Bernis y Orsini recibian comunicaciones oficiosas y al mismo tiempo oficiales. Los ministros de Luis XV y de Carlos III les dirigian desde Paris y Madrid sus instrucciones. En esta correspondencia autógrafa, en cuya existencia nadie ha pensado hasta ahora, es donde es preciso buscar las pruebas del encarnizamiento contra los Jesuitas. Este encarnizamiento colocó á los embajadores, á los confesores, á los ministros del rey cristianísimo y del rey católico á la miserable altura de intrigantes de baja esfera, y obligó á los príncipes de la Iglesia á violentar la conciencia de sus colegas. Por medio de las mas vergonzosas transacciones, todos ellos, embajadores, confesores, ministros y cardenales al dirigir tan execrable intriga, se asociaron y se hicieron partícipes de una culpabilidad premeditada.

Hasta el presente ha sido imposible á la historia romper el velo que encubria las escenas de que fué teatro este cónclave. Mas de una vez la verdad hizo algo por descubrirse; las sospechas ya recaian sobre unos, ya sobre otros: la conciencia pública acusaba, pero acusaba sin pruebas, y muchos atribuian sus inquietudes á una malevolencia sistemática ó á piadosos temores desnudos de fundamento. Los mas fervientes católicos eran los que, á pesar suyo, se sentian dominados por un instinto de repulsion, y no se atrevian á parar la consideracion en los rumores vagos, y á cual mas extraños cuyo secreto transpiraban de vez en cuando los muros del Vaticano. Por un cambio de papeles muy significativo, se oia á los enemigos de la Iglesia proclamar que todo, en este cónclave, habia sido digno de la filosofia y de la razon pública. Los analistas de esa época vivieron fluctuantes entre opiniones contradictorias, y jamas pudieron sondear las profundidades de este misterio.

Una serie de incidentes, cuya relacion pudiera servir de incentivo á la curiosidad, pero que realmente interesan poco á la historia, han sido causa de que se encuentren en mi poder los documentos

autógrafos relativos al cónclave de 1769. Con auxilio de tan luminoso descubrimiento nos ha sido posible seguir paso á paso, dia por dia, minuto por minuto, el hilo de la oculta trama que grandes culpables, pero al propio tiempo maravillosamente desprevenidos, urdieron contra la dignidad de la Iglesia, en odio á la Compañía de Jesus. Esta trama, que los ministros de Francia, de España, de Portugal y de Nápoles no se toman el cuidado de disimular en la intimidad de su correspondencia, se va á desenvolver sobre un teatro eclesiástico. No solamente representaron en ella reyes disolutos, imbéciles ó engañados por sus favoritas ó por sus diplomáticos; tendrán tambien su papel algunos cardenales y diferentes prelados. Esta horrible conspiracion es la que importa revelar al mundo católico, sin miramientos, sin consideraciones pusilánimes, pero al mismo tiempo sin pasion, porque la justicia, para con todos es la verdadera, la única caridad que se permite en la historia, y segun nos dice San Francisco de Sales (1): “Caridad es gritar al lobo cuando está entre las ovejas, ó donde quiera que estuviere.”

En este laberinto de escándalos que vamos á explorar, se hallarán crueles lecciones para los monarcas y para el Sacro Colegio. Los primeros verán allí hasta qué punto se puede abusar de su autoridad, de su debilidad y aun de sus errores. El segundo, aprenderá á desafiar de las amenazas con que la cortes osaban intimidarle, y á desconfiar las promesas ó seducciones que pongan trabas á su completa libertad, y así como lo ha verificado en la gloriosa eleccion de Pio IX, sabrá en adelante usar de su derecho, y sustraerse para siempre jamas de la accion de las potencias, no escuchando sino al bien de la Iglesia y al honor sacerdotal, cuya voz sublime y poderosa jamas apagarán los mezquinos cálculos de una política miserable y caprichosa.

Así como lo hace el gran cardenal Baronio, en el momento en que va á referir en sus *Annales* los crímenes de algunos pontífices del siglo nono, del mismo modo nosotros á su ejemplo, nos creemos en la necesidad de protestar nuestro profundo respeto hácia la Sede Apostólica, al juzgar á los hombres y á sus faltas, y repetir, juntamente con el sabio prelado, para mayor seguridad de nuestra fe (2): “Antes de pasar mas adelante, creemos necesario prevenir al lector contra el escándalo que un espíritu débil pudiera encontrar al ver la abominacion de la desolacion en el templo. Mas que de escándalo, debiera llenarse de admiracion, al observar, cómo vela la divina Providencia por la conservacion de este mismo templo, toda

(1) *Introduccion á la vida devota*, por San Francisco de Sales, cap. XXIX p. 374.

(2) *Annales ecclesiastici*, auctore Cesare Baronio. t. X, pág. 647. (Romæ, extypographia Vaticana, 1602.)

vez que no se ha seguido su completa é inmediata ruina á semejante abominacion. Así se persuadirá el lector, de cuán sólidos son sus cimientos, como que los constituyen las promesas de Jesu-Cristo, promesas mas seguras é indestructibles que los cielos y la tierra, pues el mismo Señor nos dejó dicho: *Cælum et terra transibunt; verba autem mea non transibunt.*"

Despues de haber indicado el objeto que nos proponemos, es preciso entrar en el cónclave con el cardenal de Bernis. Este prelado llegó á Roma con la intencion bien manifiesta de complacer los deseos de la corte de Francia. Esto se referia tambien á sus personales intereses, pues el mal estado de su fortuna no encontraba otro medio de reparacion que la buena voluntad del ministro. Apenas es admitido en el cónclave, donde le espera el cardenal Orsini, embajador de Nápoles, quebranta todas las leyes que protejen el secreto de las deliberaciones interiores, para ponerse en correspondencia diaria con D' Aubeterre. Los embajadores de las potencias intrigan por de fuera, miéntras que Bernis, Orsini y el partido de las coronas siguen su ejemplo por dentro. El conde de Kaunitz, embajador de la emperatriz María Teresa, tiene órden de sostener oficialmente la Compañía de Jesus. Este olvida sus instrucciones, para adular el naciente filosofismo de José II y servir á la causa de la incredulidad. Las cartas de estos diplomáticos cuentan dia por dia, y casi hora por hora, las peripecias de este complot. A juzgar por las apariencias, cualquiera creeria que no se trataba entónces de la eleccion de un vicario de Jesucristo, sino de una de esas intrigas meramente políticas, en las que, por lo comun, el honor cede el puesto á la corrupcion. D' Aubeterre tenia necesidad del cardenal frances; conoció su flaco, y le entretuvo con sus agudezas, contándole ademas las consideraciones, fuera de propósito, que el jóven emperador José II creyó que debia permitirse para atraerse la amistad de Voltaire, y aparecer como un espíritu fuerte en presencia del Sacro Colegio y de los Jesuitas. El 28 de Marzo de 1769, D' Aubeterre comienza así su correspondencia con Bernis (1):

"Ya habrá visto su eminencia en el billete que he escrito á M. el cardenal de Luynes las intenciones del emperador respecto á la eleccion futura, las cuales me ha comunicado este príncipe en una conversacion de cerca de una hora, que he tenido con él personal-

(1) Antes de esta carta, como puede verse en el fac-símile adjunto. D' Aubeterre escribió otra desde Roma, con fecha 6 de Febrero, al cardenal de Bernis, cuatro dias despues de la muerte de Clemente XIII, en la que le anuncia este acontecimiento y las dificultades que ha tenido que vencer para poder mandarle el aviso á Alby, donde aun residia el cardenal. Así mismo da á conocer lo interesante que va á ser el futuro cónclave, que debería comenzar despues del 15 del mismo mes, dia señalado para las exequias del papa difunto. (N. d. T.)

A Rome a 6 fevrier 1769

Monsieur

vous seris survenu instruit avant l'arrivée de ma lettre
qu le pape est mort la nuit du 2 au 3 si subitement que
le cardinal neveu ni le secretaire d'etat dont les appartements
sont au dessous du sien et y commencent par un escalier
de bois n'ont pu y arriver a temps. jay été surpris comme les
autres et n'ayant pu prendre un parti convenable je me suis
trouvé bien embarrassé pour pouvoir despescher un courrier a
un le due de choiseuil les chevaux de poste étant au des sans
qu'il y ait moyen d'en avoir ni a la poste de roue ni aux
autres jay été obligé d'envoyer un oncle qui fera le plus de
mgr le cardinal de Bernis a alby.

ditigence qui il pourra a m. de barbauld anue a florence en
le puaud de faire paitio sur le chaup un couuier j tous si-
presé et attu uage ui a parû si douteuse que je n'eu ay pout
fals us age pour uous ceuue mais je profite du couuier -
que j'expédie ce matin et que je charge de mettre cette lettre
a la poste en passant a lyon je compte toujours que votre
euenement aiendra desendre chés moy ainsi qu'elle me l'a
promis. en ad' adent si je puis luy estre bon a quelque chose
dans u pays es je luy deuide les ordres. comme il n'y a point
eu de maladie les esprits n'ont pas eu le d'uy de fermenter
de facon que le peuple est tranquille et que tout se passe
sans aucun troubles ordinairement a ceindre dans les temps
de vacances. le corps du pape a été poide auent hier au
soir a la pierre les obseques se feront le 14 et le 15 les

cardinaux q's sont icy entreront au conclave quand vous
seront arrivés je compte a uue de pays que vous y serés 45 ou
46 uous sudes que par les circonstances ce conclave doit
estre un des plus uesp'ants qu'il y ait eu depuis loy-deux
dans l'eglise je me fais un aray plaisir de veoir votre
curieux et de pouoir luy renouveler moy uieuue les assurances
des sentiments d'attachement et de respect avec lesquels j'ay
l'honneur d'estre

Monseigneur

de votre auineue

Le tres humble et tres
obissant seruiteur.

Aubertine

mente y á solas, en su cámara, donde me citó para que hablásemos. Añadió que habia visto á vuestra eminencia asomado á la ventana, y que hubiera deseado verle mas de cerca. Está muy instruido de sus derechos, y conoce perfectamente este pais. Respecto á los Jesuitas, me ha dicho que la emperatriz su madre, que era muy religiosa, no creia que estaba en su deber el dar paso alguno para su destruccion, pero que no se opondria á nada; que aun la veria con placer, sobre lo cual, prosiguió, pensaba como su madre. Al ir á visitar la capilla de San Ignacio en la iglesia de Jesus, me consta que preguntó al general cuándo cambiaba de trage al Santo. Este príncipe tiene carácter, gran fondo de principios y muchos deseos de adquirir conocimientos. Estas ligeras anécdotas son solo para vuestra eminencia. He creido que serian de su agrado."

La noticia dada por D'Aubeterre produjo la misma sensacion en España, como lo acredita Roda en su carta del 17 de Abril al caballero de Azara: "En nuestros dias, le dice, no se ha visto al emperador en Roma, y mucho ménos admitido en el cónclave. Nuestros cardenales están llenos de alegría al saber que el emperador se ha explicado con tanta claridad sobre los Jesuitas, y sobre los demas negocios pendientes en esta corte. Será un desengaño terrible para los fanáticos, que esperan su salvacion de Viena, y que creen que la proteccion imperial les servirá para subyugar á los Borbones. Jamas ha existido un cónclave ménos animado que éste, segun las noticias que de él nos llegan. Se ve á las claras el miedo que tienen todas esas eminencias de desagradar á las cortes. Esto no es mala señal. Seria muy gracioso que al llegar los cardenales extrangeros, los Albani, que son el diablo, se burlasen de ellos."

Así como Choiseul, Roda fué embajador en Roma, y tomó acta de su permanencia en la ciudad pontifical para prevenir á Azara contra los Zelanti. El 25 de Abril se expresa en estos términos: "Veo que en el cónclave todo se reduce á hablar, y parece lo mas cierto que no hay en él partido dominante. Si Bernis no llama en su ayuda á alguna de sus astucias ordinarias, me temo que al fin le engañen los Terceros y Rezzonicianos, porque Juan Francisco Albani sabe mas que todos, y es maestro consumado en esto de intrigas y manejos. Nuestro cardenal Orsini de fijo será juguete de todos los partidos, sin poder formar el suyo."

Las impaciencias españolas no se disimulaban, y segun ellas, Orsini ya aparecia como sospechoso, á pesar que desde el principio solo á él fué al que Bernis confió el éxito de las futuras negociaciones. Apenas quedó introducido en el cónclave el cardenal frances, escribió fecha 30 de Marzo al duque de Choiseul con el número 1º de su correspondencia lo siguiente: Cuanto he oído y visto hasta este momento, me hace pensar, que no serémos bastante fuertes para

hacer el papa á nuestro gusto. El cardenal Orsini es de parecer, que si se nos agrega alguna otra persona, tendríamos suficientes votos para la exclusion. Los cardenales antiguos y los que se hallan achacosos y enfermos, encuentran el cónclave demasiado largo. Si se espera á los españoles, es cierto que nos dará tiempo para fortificar nuestro partido: tambien lo es, que da al partido contrario y á los fanáticos el medio de dirigir y ocultar sus baterías. El cardenal Andres Corsini, que me ha parecido estar muy adherido á la Francia, y que me ha rogado haga presente al rey sus buenos deseos, entreve grandes dificultades y borrascas despues de la llegada de los cardenales españoles. Este cardenal, aunque jóven, disfruta de una gran consideracion. El y su tio tienen alguna predileccion por el cardenal Fantuzzi, que no es del agrado de las tres coronas; pero se puede presumir que al fin y al cabo nos sacrificarán este deseo. Andres Corsini tiene una manera de discurrir clara y precisa, y al mismo tiempo nobleza y dignidad en el modo de expresar sus sentimientos. Por último, no calificaré á ningun individuo del cónclave sino por sus hechos y conducta.

“Todos convienen en que los Jesuitas alimentan aquí un fuego subterráneo, que aguarda ocasion favorable para estallar. El embajador, el ministro de España y el cardenal Orsini, cuyo celo no parece equívoco, piensan unánimemente que seria causa de perderlo todo, dar cuenta al cónclave de los negocios y cuestiones importantes, cuya resolucion favorable aguardan las cortes de Francia, de España y de Nápoles del nuevo pontificado. Le parece igualmente peligroso la propuesta del cardenal Sersale, lo cual seria un medio infalible para hacerle excluir. El emperador, que ha venido á ver desde una ventana inmediata á la celda del cardenal Serbelloni, á los eminentísimos llegados al cónclave, desde que aquel príncipe fué en él introducido, ha felicitado riéndose al cardenal Sersale sobre su futuro papado. No creo que esto, ya sea un cumplimiento, ya una chanza, adelante en nada los negocios del arzobispo de Nápoles. Es ya público que las tres cortes se interesan por este cardenal, lo que nos obliga á guardar con él mucha reserva.

“El emperador me ha hecho el honor de tratarme con distincion. Sus expresiones recaen sobre la alianza y buena armonía de las cortes de Versalles y de Viena. No será muy extraño que sea este príncipe (que da muestras de gran talento) el que ha hecho circular por Roma las voces que los ingleses habian esparcido sobre la parcialidad de aquella corte en favor de la de Lóndres . . .

“Nosotros no tenemos aquí partido. No es á mí á quien toca juzgar si convendrá á la Francia tener alguno; pero es demasiado sencilla la sola prevision de las dificultades de cualquier nego-

ciacion de nuestra parte, sobre un teatro donde mas de las tres cuartas partes de los actores no están de nuestro bando. Los soberanos de la casa de Francia encuentran siempre un gran medio de influir sobre la conducta de la Santa Sede, en su misma union y poderio; y no es difícil que, mediando algunas concesiones, recompensas y distinciones oportunas, allanasen con poco trabajo todas las dificultades y facilitasen el buen éxito de nuestros negocios con la corte de Roma.

“Convienié mucho mas, tanto á la piedad del rey, como á la de las cortes de Madrid y Nápoles, la conservacion del poder legítimo de la Santa Sede, que no su limitacion; es preciso apiadarse de la ignorancia y fanatismo que reinan aquí, y que sus magestades cristianísima y católica no abandonen la corte de Roma á los malos consejos que ha seguido durante el anterior pontificado. Muchos cardenales (gente honrada y piadosa) me han hablado en este sentido; creen que despreciamos a la corte de Roma, y juzgan que este aire de desprecio ó de indiferencia marcada priva de todos los medios de proteccion á las personas que piensan bien en el Sacro Colegio.”

Este primer despacho del cardenal Bernis pinta al hombre y al siglo. Luis XV no sabia ó no queria preservar del desprecio público la corona de Francia, cuya autoridad envilecida pasaba de las manos de una prostituta á las de algunos sofistas, grandes declamadores en los gabinetes de las duquesas, sobre la desigualdad de las clases y condiciones. En España y en Nápoles los demas nietos del gran rey conspiraban contra sí mismos, mientras que, en los términos mas insultantes, Bernis le recomienda que tus vieses compasion de Roma. Esta especie de burla de la fe y de la suerte no tuvo el menor resultado: Choiseul y Aranda creyeron que les bastaria tropezar con su pié, para que á tan ligero golpe cayese por tierra la cátedra de San Pedro; y el movimiento que hicieron llevó consigo la caida de los tronos. Entónces no podian ni remotamente figurarse semejantes calamidades. Los mas sabios, segun el mundo, se contentaban con apuntalar con *recompensas* y *distinciones* la silla romana, á la que creian carcomida, y seguian ciegos su marcha en busca de revoluciones.

Bernis y el cardenal Orsini habian colocado sus baterías, y quisieron ganar con seducciones amables á los *porporatis* italianos. D' Aubeterre, el 1º de Abril, entra sobre esto en explicaciones con Bernis, y pretende que, sin mas espera, ponga el cuchillo de las exclusiones sobre la garganta del cónclave: “He recibido (le escribe así) los dos billetes de vuestra eminencia núms. 3 y 4; y el mio quedará sin número, atendiendo á que no conservando borrador de las anteriores que os he escrito, he olvidado enteramente la numeracion que tenia el último. Comenzaré desde luego por quejarme de la ex-